

me consigo misma. Los griegos nos han contado las acciones de Ciro de varias maneras diferentes. Por de contado Herodoto nos hace conocer tres maneras distintas, sin contar la que él ha seguido, y no dice que haya sido escrita por autores mas antiguos, ni que merezcan mas fé que los demas. El mismo observa tambien que la muerte de Ciro ha sido referida de diversas maneras, y que él ha tomado la que le ha parecido mas verosímil, sin pretender por esto darle mayor autoridad. Jenofonte, que estuvo en Persia al servicio del jóven Ciro, hermano de Artaxerxes, llamado Muémon, pudo instruirse de mas cerca de la vida y de la muerte del antiguo Ciro tanto en los anales de los persas como en las tradiciones de aquel pais; y por poco que se le suponga instruido en la antigüedad, no dudaremos en preferir con san Gerónimo á Jenofonte, un filósofo tan sabio como hábil capitan, á Ctesias, autor fabuloso, á quien han copiado la mayor parte de los griegos, habiendo hecho lo mismo Justino y los latinos; y mucho mas que á Herodoto, aunque sea mas juicioso. Lo que me determina mas á esta preferencia, es que la historia de Jenofonte, siendo en sí misma mas seguida y mas verosímil, tiene tambien esta ventaja, que está mas en conformidad con la Escritura, que por su antigüedad y por el enlace que tienen entre sí los sucesos del pueblo judío con los del Oriente, me-

receria ser preferida á todas las historias griegas; aun cuando no se supiese por otra parte que la historia sagrada ha sido dictada por el Espíritu-Santo.

Lo que se ha escrito acerca de las tres primeras monarquías por la mayor parte de los historiadores griegos ha parecido dudoso á los mas sabios de la Grecia. Platon nos manifiesta en general en boca de los sacerdotes de Egipto que los griegos tenian una profunda ignorancia acerca de las antigüedades; y Aristóteles ha calificado entre los contadores de fábulas á los que escribieron las *Asiriacas*.

La razon de esto es porque los griegos empezaron á escribir tarde, y queriendo divertir á la Grecia, siempre curiosa, con las historias antiguas, las redactaron sobre memorias confusas, que se contentaron con poner en un orden agradable, sin cuidarse mucho de averiguar la verdad.

Y ciertamente la manera con que colocan ordinariamente las tres primeras monarquías es á todas luces fabulosa. Porque, despues de suponer la destruccion del imperio de los asirios en el tiempo de Sardanápalo, han presentado sobre el teatro á los medos y despues á los persas, como si los medos hubiesen sucedido á todo el poder de los asirios, y los persas se hubiesen establecido despues sobre las ruinas de los medos.

Pero, por el contrario, parece cierto que cuando Arbaces sublevó á los medos contra Sardanápalo, no hizo mas que libertarles de su dominacion, sin someterles al imperio de Asiria. Herodoto distingue el tiempo de su libertad del de su primer rey Deyoces, y segun el cómputo de los mas hábiles cronologistas el espacio que media entre estos dos tiempos debe ser de cerca de cuarenta años. Es por otra parte constante por el testimonio uniforme de este gran historiador, y de Jenofonte, sin hablar de otros, que durante los tiempos que se atribuyen al imperio de los medos, habia en Asiria reyes muy poderosos, á quienes todo el Oriente respetaba, y cuyo imperio abatió Ciro con la toma de Babilonia.

Si, pues, la mayor parte de los griegos y los latinos que les han seguido, no hablan de estos reyes de Babilonia, si no clasifican á este gran reino entre las primeras monarquías cuya historia refieren; si, en fin, no vemos casi nada en sus obras de los famosos reyes Teglafalasar, Salmanasar, Senaquerib, Nabucodonosor y tantos otros tan celebrados en la Escritura y en las historias orientales, menester es atribuirlo ó á la ignorancia de los griegos, mas elocuentes en narrar los sucesos que curiosos en sus investigaciones, ó á haberse perdido lo que existia de mas curioso y exacto en sus historias.

Efectivamente, Herodoto prometió escribir

una historia particular de los asirios, que no hemos visto, ora sea porque se haya perdido, ú ora porque no tuviese tiempo de escribirla; y puede creerse de un historiador tan juicioso que no se hubiera olvidado de los reyes del segundo imperio de los asirios, cuando del mismo Senaquerib, que era uno de ellos, se hace mencion en los libros que tenemos de este gran autor, como rey de los asirios y de los árabes.

Estrabon, que vivia en tiempo de Augusto, refiere lo que Megástenes, autor antiguo y próximo á los tiempos de Alejandro, dejó escrito sobre las famosas conquistas de Nabucodonosor, rey de los caldeos, á quien hace atravesar la Europa, penetrar en España, y llevar sus armas victoriosas hasta las columnas de Hércules. Elien apellidá á Tilgamo, rey de Asiria, que es sin dificultad el Tilgat ó el Teglát de la historia sagrada; y en Ptolemeo encontramos un catálogo de los príncipes de los grandes imperios, entre los que se lee una larga serie de reyes de Asiria desconocidos de los griegos, y que es facil concordar con la historia sagrada.

Si yo quisiese referir lo que nos cuentan los anales de los sirios un Berosio, un Abydeno, un Nicolas de Damasco, me estenderia á hacer un largo discurso. José y Eusebio de Cesarea nos han conservado los preciosos fragmentos de todos aquellos autores, y de otra infinidad que se conservaban enteros en su tiempo,

por cuyo testimonio se confirma lo que nos dice la sagrada Escritura tocante á las antigüedades orientales, y en particular á las historias asirias.

En lo tocante á la monarquía de los medos, que la mayor parte de las historias profanas clasifican la segunda en la enumeración de los grandes imperios, como separada de la de los persas, es verdad que la Escritura siempre á las dos las cuenta por una; y ya ve V. A. que además de la autoridad de los libros sagrados, solo el orden de los hechos nos demuestra que es á esto á lo que debemos atenernos.

Los medos, antes de Ciro, aunque poderosos y considerables, se hallaban obscurecidos por la grandeza de los reyes de Babilonia; pero habiendo conquistado Ciro su reino con las fuerzas reunidas de los medos y de los persas, de quien se hizo dueño por una legítima sucesión, como lo hemos visto en Jenofonte, parece que el gran imperio de quien fue fundador debió tomar su nombre de las dos naciones: de manera que el de los medos y el de los persas no son mas que una misma cosa, no obstante que la gloria de Ciro haya hecho prevalecer en él el nombre de los persas.

Por otra parte, tambien puede presumirse que antes de la guerra de Babilonia, habiendo estendido los reyes medos sus conquistas por

la parte donde se hallaban establecidas las colonias griegas del Asia menor, adquirieron celebridad por este medio entre los griegos, quienes les atribuyeron el imperio del Asia mayor, porque no conocian mas que á ellos de todos los reyes del Oriente. Sin embargo, los reyes de Ninive y de Babilonia, mas poderosos pero mas desconocidos de la Grecia, quedaron casi siempre olvidados en lo que nos queda de las historias griegas; y todo el tiempo que transcurrió desde Sardanápalo hasta Ciro ha sido atribuido solo á los medos.

Así que, es menester no atormentarse mucho para conciliar sobre este punto la historia profana con la sagrada. Porque en cuanto á lo que respecta al primer reino de los asirios, la Escritura no dice mas que una palabra al paso, y no nombra á Nino, fundador de este imperio, ni, á escepcion de Phul, á ninguno de sus sucesores, porque su historia nada tiene de comun con la del pueblo de Dios. Respecto á los segundos asirios han sido enteramente ignorados por la mayor parte de los griegos, quienes, por no haberlos conocido, les han confundido con los primeros.

Cuando se objete con los autores griegos, que clasifican por capricho ó á la ventura las tres primeras monarquías, haciendo suceder los medos al antiguo imperio de Asiria, sin hablar del nuevo, que la Escritura nos presenta tan

poderoso, no hay mas que responder, que no han conocido esta parte de la historia, y que no estan en menos contradiccion con los mas curiosos y mejor instruidos de los autores de su nacion que con la Escritura.

Y lo que corta de un golpe toda la dificultad, es que los autores sagrados, mas inmediatos, por los tiempos y por los lugares, á los reinos de Oriente, al escribir, por otra parte, la historia de un pueblo, cuyos sucesos se hallan tan enlazados con los de aquellos grandes imperios, aun cuando no tuviesen mas que esta ventaja, podrian hacer callar á los griegos y á los latinos que les han copiado.

Si á pesar de todo se obstinan en sostener este órden célebre de las tres primeras monarquías, y para conservar á los medos solos el segundo lugar que les es atribuido, se pretende ó se quiere someterles los reyes de Babilonia, confesando sin embargo que, despues de cerca de cien años de sujecion, éstos se libertaron por medio de una revolucion, en alguna manera queda á salvo la serie que sigue la historia sagrada; pero esto no está conforme con los mejores historiadores profanos, á los cuales les es mas favorable la historia sagrada, en razon de que ella siempre supone unido el imperio de los medos al de los persas.

Empero me queda que descubrir á V. A. una de las causas de la obscuridad de estas an-

tiguas historias. Esta nace de como los reyes de Oriente tomaban varios nombres, ó sean títulos, que despues usaban como nombres propios, y que como los pueblos los traducian ó los pronunciaban de diferente manera, segun los diversos idiomas de cada lengua, unas historias tan antiguas, de las que nos han quedado tan pocas buenas memorias, han debido ser por esta razon muy obscuras. La confusion de los nombres habrá producido sin duda confusion en las mismas cosas, y aun en las personas; de donde nace la dificultad que se encuentra en fijar en la historia griega los reyes que han tenido el nombre de Asuero, tan desconocido de los griegos como conocido de los orientales.

¿Quién creería, en efecto, que Ciaxares fuese el mismo nombre que Asuero, compuesto de la palabra *Ky*, es decir, señor, y de la palabra *Axaxe*, que viene manifestamente á significar Axuero ó Asuero? Tres ó cuatro príncipes han tenido este nombre, no obstante que tuviesen otros. Así es que no cabe duda en que Darío el medo no pueda haber sido un Asuero ó Ciaxares: porque viene perfectamente darle uno de estos dos nombres. Si no se estuviese advertido de que Nabuchodonosor, Nabucodrosor y Nabocolasar no son mas que un mismo nombre, ó el nombre de una misma persona, habria dificultad en creerlo; y sin embargo la cosa es cierta. Es un nombre sacado de Nabó, uno de

los dioses que Babilonia adoraba, y que se intercalaba ó anteponia en los nombres de los reyes de diferentes maneras. Sargon es Senaquerrib; Ocías es Azarías; Sedecías es Matanías; Joacas se llamaba tambien Sellum; se cree que Sous ó Sua es el mismo que Sabacon, rey de Etiopía: Asaraddon, que se pronuncia indiferentemente Esar-Haddon ó Asorhaddan es llamado Asenafar por los cutesos; se cree que Sardanápalo es el mismo á quien algunos historiadores han llamado Sarac; y por una extravagancia, cuyo origen desconocemos, este mismo rey es llamado por los griegos Tonos-Concolérios. Ya hemos observado que Sardanápalo era verosimilmente Sardan, hijo de Phul ó de Pul. ¿Pero quién sabe si este Pul ó este Phul, de quien se habla en la historia sagrada, será el mismo Falasar? Porque una de las maneras de variar estos nombres era la de abreviarlos, alargarlos, ó terminarlos en diversas inflexiones, segun el genio de las lenguas. Así que Teglat-Falasar, es decir Teglat, hijo de Falasar, podria ser uno de los hijos de Phul, quien, mas vigoroso que su hermano Sardanápalo, hubiese conservado una parte del imperio de las que se hubieran quitado á su casa. Podria formarse una larga lista de los orientales que han tenido cada uno en las historias varios nombres diferentes: pero nos basta estar instruidos en general de esta costumbre. No fué desconocida de los latinos, entre

quienes los títulos y las adopciones han multiplicado los nombres de tantas maneras. Así que el título de Augusto y el de Africano vinieron á hacerse los nombres propios de Cesar Octavio y de los Scipiones: de esta misma manera los Nerones se han llamado tambien Césares. Esto no es dudoso, y por consiguiente es inútil emplear una discusion mas larga sobre un hecho tan constante.

A los que se admiren del número infinito de años que los egipcios se atribuyen ellos mismos, les remito á Herodoto, que nos asegura precisamente, como acabamos de verlo, que su historia no cuenta de certidumbre mas que desde el tiempo de Psamitico, es decir de seiscientos á setecientos años antes de Jesucristo. Que si se encuentran embarazados para resolverse á fijar la duracion que el comun da al primer imperio de los asirios, no hay mas que recordarse que Herodoto la ha reducido á quinientos veinte años, y que es seguido en esta parte por Dionisio de Halicarnaso, el mas docto de los historiadores, y por Appio. Y los que despues de todo esto se encuentren embarazados ó estrechados para hacer el cómputo ordinario de los años, para ordenar en ellos y clasificar á su grado todos los acontecimientos y todas las fechas que crean ciertas, pueden ensancharse cuanto les plazca en el cómputo de los Setenta que la Iglesia, les deja libre para colocar á su voluntad todos los

reyes que se quieren dar á Nínive con todos los años que se atribuyen á su reinado; todas las dinastías de los egipcios, de cualquiera manera que las quieran poner en orden; y tambien toda la historia de la China, aun sin aguardar, si quieren, á que sea mas ilustrada.

No quiero S. S. embarazaros mas en el dedalo de las dificultades cronológicas, que os son muy poco necesarias; ésta sin embargo era demasiado importante para no esclarecerla en este pasaje; y despues de haberos dicho acerca de ella lo que basta para nuestro designio, volveré á tomar el hilo de la serie de nuestras épocas.

*Ciro, ó el restablecimiento de los judíos.*

Sesta edad del mundo.

- 218 Doscientos diez y ocho años despues de la fundacion de Roma, quinientos treinta y seis años antes de la venida de Jesucristo, despues de los setenta años de la cautividad de Babilonia, y en el mismo que *Ciro* fundó el imperio de los persas, fue cuando este príncipe fue escogido por Dios para ser el libertador de su pueblo y el restaurador de su templo, y cuando dió la mano á esta grande obra que se le confiára. Incontinenti despues de la publicacion de su edicto, *Zorobabel*, acompañado de *Jesus*, hijo de *Jose-det*, soberano pontífice, se puso al frente de los cautivos que condujo, y que reedificaron el altar y asentaron los fundamentos del segundo templo. Los samaritanos envidiosos de su gloria quisieron tomar parte en esta grande obra; y bajo pretesto de que ellos adoraban al Dios de Israel, no obstante que en su culto mezclasen el de sus falsos dioses, suplicaron á *Zorobabel* les permitiese concurrir con él á la reedificacion del templo de Dios. Pero los hijos de Judá, que detestaban el culto samaritano, desecharon su proposicion. Irritados entonces los samaritanos, pusieron cuantos obstáculos les fue dable, cuantos artificios y violencias les fue posible para